

El "48" y la literatura sobre la Guerra Civil



JULIO SUÑOL

Miguel Acuña, joven profesor y escritor, acaba de publicar un apasionante libro intitulado "El 48". Hace poco se conoció otra obra suya sobre Jorge Volio: "El tribuno de la plebe".

Con "El 48" se aumenta la literatura que ha pretendido bucear en los dolorosos acontecimientos de la guerra civil de esa fecha, que conmovieron y dividieron, dichosamente no por mucho tiempo, a la familia nacional.

Antes de este libro, vieron la luz otros que se refirieron en concreto o tangencialmente a la guerra o a los partidos políticos y sus antecedentes. Verbigracia, "Historia de los partidos políticos", de Carlos Araya Pochef; "Costa Rica y sus hechos políticos de 1948", de Oscar Aguilar Bulgarelli, reeditado luego con el título de "Costa Rica y sus hechos políticos de 1948, problemática de una década"; y "La generación del 48", de Hugo Navarro Bolandi, quien hace un análisis histórico sobre la democracia de Costa Rica, en un tomo que generalmente es citado por quienes han de recurrir al juicio requerido sobre los líderes de una de las facciones que protagonizaron aquel drama, no tan sangriento como siempre se dijo, según trata de establecerlo Miguel Acuña.

Lo trascendente para nosotros en la mayoría de estos trabajos, es que se han recabado criterios e informaciones de primera mano de los personajes que tuvieron que ver de alguna manera con los sucesos que en mala hora ensangrentaron a este país en los meses de marzo y abril de 1948, con motivo de la anulación que hizo el Congreso de las elecciones que ungieron al periodista don Otilio Ulate Blanco, como Presidente de la República.

Oscar Aguilar Bulgarelli, por ejemplo, recogió entrevistas del Dr. Rafael Angel Calderón Guardia, del Lic. Manuel Mora, del presbítero Benjamín Núñez y del Lic. Luis Carballo. Asimismo, presentó documentos del embajador norteamericano Nathaniel Davis, del embajador mexicano Carlos Dario Ojeda y del propio ex presidente Teodoro Picado (declaración del mandatario ante el Juzgado del Crimen de Managua, el 19 de abril de 1952).

En "El 48" figuran opiniones del ex presidente José Figueres, de doña Rosarito de Calderón Guardia, del Lic. Alberto Martín Chavarría, del capitán Guillermo Núñez, del diputado Arnoldo Ferreto, del ex Presidente de Guatemala Juan José Arévalo, del profesor Edelberto Torres, del arquitecto Carlos Reichnitz, del Lic. Máximo Quesada Picado y de tantos otros más que tuvieron conexión —representando a ambos bandos— con los hechos, cuando el país fue arrastrado a una guerra civil que hubiera sido improbable sin la agitación cívica y la rutilante pluma de don Otilio Ulate, y sin la convicción de un dilatado sector del pueblo que creyó que se iba a tal holocausto porque se defendía el derecho electoral.

Todos los testimonios son valiosos. El libro gira en buena parte sobre las opiniones del Lic. Máximo Quesada Picado, por aquellos días ministro del señor Picado y amigo y consejero inteligente y cauto de los hermanos Calderón Guardia; y del arquitecto Carlos Reichnitz, soldado de la rebelión con experiencia vital europea y de gran cultura, que se enroló en la aventura porque él creyó —habiendo dejado de creer, de acuerdo con sus palabras— en los hombres que dirigieron las operaciones militares en las filas de Figueres.

Estos dos testigos, entre otras virtudes, tienen las de estar vivos en el presente y gozar de prestigio profesional y personal, lo cual convierte sus testimonios en piedras miliare de la narración que el autor sabe hilvanar hábilmente, como en un gran reportaje, para llevarnos a esclarecer muchos aspectos del 48 que nos facilitan conclusiones.

Quisiéramos destacar estos extremos como conclusión medular del libro: 1) Otilio Ulate nunca estuvo dispuesto a precipitar al país en la guerra civil sólo por satisfacer sus deseos de convertir en válido el pronunciamiento de una mayoría del pueblo que lo había elegido presidente. 2) No es cierto en absoluto que como resultado de aquella contienda se produjeran tres mil o más muertos, como siempre se dijo. 3) Tampoco es verdad que, como lo sostuvieron algunos líderes comunistas, el país hubiese estado a punto de ser ocupa-

do por los "marines" norteamericanos destacados en Panamá. 4) Don Teodoro Picado actuó con desapego personal y con patriotismo cuando pasó por las situaciones más difíciles y hasta humillantes, e hizo un esfuerzo admirable para evitar que mancillaran nuestra soberanía, cuando se dio cuenta de que el territorio costarricense habría podido ser usado como campo de batalla para un choque más sangriento de los costarricenses y entre los ejércitos de Nicaragua y Guatemala, que por diversos motivos tenían posiciones diferentes frente a los avatares. 5) Figueres y sus gentes se marcharon a las montañas a defender el resultado electoral registrado en las elecciones que designaron a Ulate Presidente, pero luego cambiaron de actitud y decidieron ejercer el poder porque había que fundar la segunda república y realizar un quehacer al cual se sentían llamados luego de la conmoción armada. 6) Figueres y los suyos no cumplieron el pacto o compromiso suscrito con los legionarios de Centro América y del Caribe que pretendían hacer de Costa Rica una base de operaciones en su lucha contra las dictaduras de Rafael Leonidas Trujillo (República Dominicana), de Anastasio Somoza (padre) de Nicaragua, y otras. 7) El Dr. Rafael Angel Calderón Guardia estuvo dispuesto a aceptar el resultado comicial desfavorable, pero como opina doña Rosarito de Calderón, "a nuestra casa llegaron muchos amigos y no lo dejaron en paz hasta que consintiera en pedir la anulación de las elecciones. Para ello mostraban documentos, cartas y testigos declarando fraudes en varios lugares..."

Subrayemos lo siguiente en lo relativo a que Figueres no fue a la lucha sólo por hacer imperar la voluntad electoral del pueblo de Costa Rica: el autor ofrece el testimonio del distinguido educador y hombre público profesor Alejandro Aguilar Machado (quien fue embajador de Picado ante la Novena Conferencia Panamericana de Bogotá).

—Don Alejandro Aguilar Machado frente a Monseñor Sanabria: "Vea Monseñor, antes de partir para Bogotá, el presidente Picado me aseguró que estaba en proceso una fórmula de transacción. Cuando regreso, me encuentro una situación caótica y al preguntar la verdad de lo sucedido, unos me dicen una cosa y otros la contraria. Yo, como profesor, tengo la obligación de enseñar la verdad de lo sucedido. Y a eso vengo. Quiero de usted toda la verdad..."

—Monseñor Sanabria: "Juro que esta es toda la verdad: fui al frente a ofrecer una fórmula, pero se me dijo claramente que la revolución no era por Ulate. Que se aprovecharía el momento histórico para transformar el país. Considero que si hubiera encontrado por lo menos un 20 por ciento de cooperación de parte del grupo revolucionario, se habría logrado la paz".

En lo referente al aleccionador desprendimiento de don Otilio Ulate, es bueno que los jóvenes conozcan que para evitar la guerra entre hermanos llegó a todos los renunciamientos y evidenció su falta de ambición personal si ella habría de costar sangre de costarricenses. Resignó a la Presidencia de la República que había ganado, con la condición de que se escogiera a una de las cinco personas que propuso para sustituirlo: los señores Edmundo Montelegre, Juan Dent, Amadeo Quirós, Federico Rohrmoser y Luis Uribe. Al rechazarse esta propuesta, postuló a don Juan Trejos Quirós, padre del ex presidente don José Joaquín Trejos Fernández. Después insistió enarbolando el nombre del Dr. Julio César Ovarés. Esta constancia histórica adquiere hoy gran valor, cuando la avaricia y la ambición malsana han conquistado a tantos espíritus.

Otros acontecimientos que sobresalen del libro, no son menos importantes. El total de muertos de la guerra civil, según el autor, llegó a ciento cuarenta. No son pues los dos mil o tres mil de que habló la leyenda. Y el escritor investigó *in situ*, entrevistó a los protagonistas de la tragedia, hizo trazar mapas, conversó con campesinos y ex combatientes, en un trabajo concienzudo y serio como no se había efectuado hasta el presente. Este aporte merece reconocimiento.

Como sucede a menudo en esta clase de obras, habrá quienes estén en desacuerdo con ella, ya porque la encuentren parcial o ya porque pretenden desconocer méritos al autor que investigó con tenacidad y con honradez intelectual necesaria en este tipo de trabajo. Empero, el aporte histórico es valiente e indestructible y resultante de una disciplina de análisis y de comprobación. El escritor bucea sobre unas perspectivas no entrevistas antes, derriba ídolos, deshace leyendas y construye realidades nuevas con la voz de los testigos, con los documentos no bien conocidos o desconocidos del todo hasta hoy, y con su afán de dejar sentadas bases que sirvan a quienes se aboquen a labores similares en el futuro.